

COMUNICAR es crear COMUNIDADES

Por Mauricio Tolosa

Mucho siglos antes de que las Ciencias de la Comunicación se tiñeran de ingeniería, transmisión y agujas hipodérmicas, la Comunicación describía el proceso de poner en común, de compartir, incluso hacía referencia a la comunión de los primeros cristianos. Hoy, el tránsito de las personas entre una comunidad y otra, las dinámicas culturales, económicas y tecnológicas hacen que las comunidades de todo tipo y tamaño sean cada vez más permeables, consciente o inconscientemente, al cambio y las transformaciones. En este contexto, quiero rescatar el sentido original de comunicar como “crear comunidad”; comprender y encarnar este enfoque plantea nuevos y amplios desafíos y responsabilidades para comunicólogos y practicantes de las diversas técnicas de la comunicación.

Mauricio Tolosa:: (Chile, 1961). Es comunicólogo y tiene una maestría en Ciencias de la Comunicación y la Información (Universidad de París VII). Es consultor internacional en comunicación para proyectos de desarrollo, cambio y crisis del sector público. Dirige Think Tank Mayanadia (www.mayanadia.com) y el Sistema de Aprendizaje de la Comunicación THOT. Preside la Fundación de la Comunicología (www.fundacioncomunicologia.org).

En los últimos 10.000 años, los seres humanos hemos desarrollado una increíble diversidad de formas de convivir y de habitar nuestro entorno, de crear mundos, con sus reglas, distinciones y posibilidades. Hemos materializado esa diversidad en múltiples dimensiones, incluso llegando a modelar las especies que están cerca de nosotros como las vacas, los perros, las gallinas, las papas, el maíz o los mangos.

Desde hace milenios hemos erigido pirámides, templos y catedrales que aún nos asombran y conmueven. Hemos expandido las fronteras del conocimiento, creado ciudades iluminadas y centros de cultura, espiritualidad y saber. Obras y formas de convivencia asombrosas, tanto en el sentido de lo maravilloso como de lo horroroso, surgieron de las conductas naturales que las personas desarrollaron dependiendo del contexto en el que les tocó vivir en cada época o lugar, en sus dife-

rentes comunidades. Todos los grandes y pequeños gestos de la humanidad emergen en la convivencia de determinadas comunidades, las que modelaron un espacio de posibilidades que definió los gestos, las emociones y las creencias de sus miembros.

La manera de relacionarnos unos con otros, las alternativas de conductas que tenemos hacia nuestros prójimos, la forma de comer, de querer, de trabajar, de vestirnos, de organizar nuestros hogares y gobernar nuestras ciudades, de hacer la guerra o el comercio, las aprendimos en la convivencia en las distintas comunidades en que hemos vivido. Las acciones más básicas como hablar, sentir, bailar o jugar, también son reflejos de la pertenencia a cada una de esas comunidades. Formas, estilos que se han modelado en conductas previas, siguiéndolas e imitándolas hasta encarnarlas como naturales.



Comunicar es el complejo proceso a través del cual se crean las comunidades humanas, en las que emergen los espacios de desarrollo mental, afectivo, espiritual y corporal de cada persona. Ese proceso puede ser observado desde distintos énfasis: cómo se crean, constituyen y reproducen las comunidades; cómo influye, afecta y determina a las personas que las constituyen; cómo las personas, consciente o inconscientemente, crean y guían comunidades que deciden el éxito de sus proyectos y metas.

El sorprendente mosaico humano

Panamá: un hombre camina, sin mecanismos de seguridad, en el borde del piso cuarenta de un edificio en construcción frente a la Bahía.

Francia: en una tienda de *delicatessen* en el centro de París, un hombre de campo, con delantal y camiseta blanca, vende más de cincuenta variedades

de queso que distingue según textura, aroma, sabor y color.

Camboya: cerca de Siem Riap, una niña se levanta, se baña en las escaleras de su casa, que emerge en medio del lago, y luego alimenta con unos pescados a los cocodrilos que chapotean en el “corral”.

Hong Kong: en Tai O, un pueblo de pescadores, una mujer abre su tienda de postres y cuida que el mismo dulce que creara su abuela, esté disponible, como desde hace 45 años, para los comensales de la aldea.

México: en el Zócalo de la capital el líder de un movimiento de profesores se para en el techo de un bus y canta el “Venceremos”, mientras la audiencia corea el estribillo y pide aumento salarial.

Marruecos: En Fez, un chef prepara la pastilla según una receta centenaria, en un palacio restaurado frente a la Medina.



Indígenas Gadigal inician el Día de Australia con una ceremonia matutina en The Royal Botanical Gardens: *Woggan-Ma-Gule* (2008). Foto de Anoeck De Groot, AFP.

Los seres humanos hemos desarrollado sorprendentes maneras de habitar y modelar el mundo. Acciones que nos parecen extraordinarias, desafiantes o insólitas observadas desde nuestro propio contexto: caminar sin miedo a noventa metros de altura, distinguir entre cincuenta variedades de queso o alimentar un cocodrilo después el desayuno, son naturales y hasta rutinarias en las comunidades en que vive cada una de esas personas.

Esas acciones “extraordinarias” –vistas desde otra comunidad de referencia– surgen de manera “natural” para cada una de esas personas. Resultan de su inmersión en un flujo de conversaciones y conductas, de emociones y representaciones que sus respectivas comunidades han tejido, cotidianamente, hasta que esas conductas “extraordinarias” emergieron de forma natural. Realizar esas acciones y aceptarlas como algo cotidiano son procesos necesarios para pertenecer a esas comunidades, para sentirse y ser aceptado como parte de ellas por sus integrantes.

Las acciones de comunidades “extraordinarias” nos permiten observar con más claridad el proceso que llevó a la ocurrencia de determinadas conductas o formas de ser. Pero nuestra cotidianidad también surgió en un proceso similar, que a ojos de otros puede parecer igualmente extraordinario. Los gestos más naturales, como utilizar el transporte, el metro, el bus, la piragua, un *rickshaw* escolar para quince niños; las indicaciones para llegar a una dirección, que pueden ser “al lado del antiguo palo de mango y dos hacia el lago” o “Providencia 145”; comer de determinada manera, sentado en sillas alrededor de una mesa o en el suelo alrededor de un mantel; bailar salsa, *reggaetón* o *trance*; jugar al fútbol, cricket o palín; pueden parecer extraordinarios para quienes son ajenos a la comunidad donde se practican. Para encarnarse como conducta natural y emerger como gesto cotidiano han pasado por un largo recorrido de repeticiones y perfeccionamientos compartidos en el tiempo.

Vivimos en comunidad, recibiendo el ejemplo, modelando a otras personas que han tejido una malla de acciones, coordinado conductas, maneras de ver el mundo, de sentir y expresar las emociones en las vivencias más profundas y cotidianas, nos insertamos en esos flujos y seguimos el ejemplo, aprendemos a ser y sentirnos parte de esas comunidades.

Esa inmersión modela y fija de tal manera nuestra relación con el mundo, que se hace difícil distinguirla como una derivación de un largo proceso de conversaciones y relaciones específicas, y la asumimos como la manera natural, correcta y hasta única de ser.

Frecuentemente somos ciegos y sordos ante nuestro propio modo de ser, de hablar y de movernos. Por ejemplo, la mayoría de las personas de América Hispana hablan español, con sus particulares acentos y modalidades regionales, y es gracioso escucharlas afirmar que su modalidad es la que no tiene acento y es neutral.

En nuestra comunidad aprendemos un idioma, que significa una manera de estar y percibir el mundo, que fija e ilumina ciertos espacios de distinciones. No es lo mismo estar, vivir y mirar el mundo desde el mandarín, que desde el árabe o el español. Por ejemplo, el idioma de los inuit distingue muchos tipos de nieve, y sus hablantes aprenden, junto con las palabras del idioma, a distinguir entre esos diferentes tipos. Según con quiénes aprendamos el idioma, en qué comunidad particular, tendremos un uso diferente de su potencial, al contar o no, por ejemplo, con un vocabulario amplio que nos permita un mayor número de expresiones, un pensamiento más fino y preciso, versus otros usos más limitados del idioma. La pertenencia o no a determinadas macro y microcomunidades afecta radicalmente nuestras posibilidades de realización en el mundo.

La cultura en la que crecí –barrio, nación, pueblo, región o país– me envolverá en un idioma, pero también en un rango de religiones y de vivencia de la

La Escuela de Santiago Este texto se inspira en la reflexión y acción de la Escuela de Santiago. Para quienes quieran profundizar en el contexto inspirador:

Susana Bloch

Al Alba de las emociones, Grijalbo, Santiago de Chile, 2002.
Alba emoting. Bases científicas del emocionar, Universidad de Santiago de Chile, 2003.

Rafael Echeverría

Ontología del lenguaje, Dolmen, Santiago de Chile, 1994.
El búho de Minerva: introducción a la Filosofía Moderna, JC Sáez Editor, Santiago de Chile, 1997.
Actos de lenguaje. Volumen I: la escucha, JC Sáez Editor, Santiago de Chile, 2007.

Humberto Maturana y Francisco Varela

De máquinas y seres vivos, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1972.
El árbol del conocimiento, Editorial Universitaria, Santiago de Chile 1984.

Humberto Maturana

Objetividad: un argumento para obligar, Dolmen Editores, Santiago de Chile, 1997.

Humberto Maturana y Ximena Dávila

Habitar humano en seis ensayos de Biología Cultural, J.C. Saez Editor, Santiago de Chile, 2008.

Mauricio Tolosa

Comunicología, de la aldea global a la comunidad global, Dolmen Ediciones, Santiago de Chile, 1999.
Un giro en la comunicación, THOT Ediciones, Santiago de Chile, 2007.

Rolando Toro

Biodanza, Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2007.

Francisco Varela

Conocer: las ciencias cognitivas, Gedisa, España, 1990.
De cuerpo presente, Gedisa, Barcelona, 1992.
Ética y acción, Dolmen Ediciones, Santiago de Chile, 1995.
Dormir, soñar, morir. Nuevas conversaciones con el Dalai Lama, Dolmen, Santiago de Chile, 1999.
El fenómeno de la vida, Dolmen, Santiago de Chile, 2000.

Francisco Varela y Jeremy Hayward

Un puente para dos miradas. Conversaciones con el Dalai Lama sobre las ciencias de la mente, Dolmen, Santiago de Chile, 1997.

espiritualidad, en la posibilidad de practicar ciertos deportes o hábitos alimenticios, de desarrollar ciertos oficios o profesiones.

En algunos pueblos alrededor del lago Atitlán, en Guatemala, se ha desarrollado la pintura como una práctica cotidiana. Desde niños los descendientes de los mayas aprenden de sus mayores el oficio de la pintura: miran, copian, colorean, pintan en serie, aprenden a diario un oficio que será la forma principal de ganarse el sustento cotidiano. Otros aprenden la pesca, el arte del tejido, la cerámica. Y así pueblos enteros de artesanos especializados trabajan su manera particular de vivir en el mundo.

Pequeñas y grandes comunidades

Cuando decimos comunidad, nos referimos a un grupo de dos o más personas que, comunicándose, han desarrollado un pensar, un sentir, un hacer en su mundo. Esta comunidad es distinguida por sus propios miembros que se reconocen en ella y/o por observadores de otras comunidades que identifican ese pensar, ese sentir y ese hacer como una manera particular de habitar el mundo. Las comunidades marcan a sus miembros, sus posibilidades de estar y de hacer,

de construir límites y de imaginar el horizonte que pueden alcanzar sus capacidades, de responder a las ofertas, de tener o no expectativas, de atreverse o no a cambiar, a innovar, a explorar.

El concepto de comunidad se aplica a grupos de personas que interactuando configuran un mundo y una manera particular de habitarlo y crearlo. Ese mundo puede ser el de una pareja, una familia, una profesión, una empresa, una universidad, un gobierno o un país. Una pareja, por ejemplo, es una comunidad que se forma a partir del encuentro de dos personas que desarrollan un intercambio de ideas, en las cuales van acordando visiones comunes, puntos de vista, estableciendo rituales, acciones, que las transforman en una pequeña comunidad, con la que cada uno de ellos se identifica y otros reconocen. Esa comunidad, eventualmente se proyecta en una familia que a través de su descendencia, hijos y nietos, y relaciones, reproducirá y transformará esas visiones y concepciones de mundo creadas por la pareja primaria.

Comunicándose, cada comunidad, desde la más pequeña hasta la más grande, configura una representación, un sentido común, una comprensión de las

cosas, valores, normas, prejuicios, estilos, conductas, rituales, que la hacen diferente y particular, reconocible por sus propios miembros y por otros.

En una familia, las conversaciones en la hora de la comida, los temas y situaciones sobre los que se conversa definen qué apreciaciones, juicios y observaciones existen sobre el mundo, si se habla de dinero o de arte o de la vida de los vecinos... Cada una de esas conversaciones determina el mundo de los niños, jóvenes y adultos que forman parte de esa familia.

Las comunidades no determinan solo idiomas, temas, profesiones y espacios de posibilidades “racionales”, sino que marcan profundamente, a veces para siempre, la emoción desde la cual se vivirá y construirá el mundo propio. Ser parte de un hogar donde predomina el amor y en el que se manifiesta frecuentemente el afecto y cariño, es muy distinto que vivir en uno dominado por la ira y el miedo, donde los golpes son el mecanismo habitual para ordenar las relaciones entre los miembros de la familia. La emoción con la cual cada uno de los miembros de esas familias se desenvolverá, en su mundo y en otras comunidades, será sustantivamente diferente.

Las conductas de las personas también emergen como resultado de sus inserciones y adaptaciones comunitarias, esas interacciones van configurando su relación con otros y con el mundo. Siguiendo con el ejemplo de la comunidad familia, la manera de bañarse de cada uno de sus integrantes con un balde y un jarro, bajo la ducha o semanalmente en una tina, o de comer con palitos, con la mano o con tenedor y cuchillo, dependerá de las costumbres, de las conductas que tenga cada familia.

Incorporando la dimensión de los oficios al aprendizaje de conductas, no será lo mismo crecer al lado de un padre carpintero que modela, talla y articula la madera para construir muebles y casas, que acompañar

todos los días a su papá artesano a vender en la plaza del pueblo, o escuchar ocasionalmente las historias de un padre médico y sus experiencias en el hospital.

Observar el proceso comunicativo en una pequeña comunidad como la familia, que además es una experiencia que todos hemos compartido, hace más clara la observación de la influencia de la comunidad, de la configuración de las representaciones, emociones y conductas en cada uno de sus miembros.

Esta configuración de los miembros según la comunidad de pertenencia sucede de la misma manera en comunidades mucho más grandes en número, como una empresa, un gobierno o una ciudad. Siempre, en mayor o menor grado, *estamos siendo influidos por e influyendo sobre* las comunidades en las que nos desenvolvemos, sea como líderes, trabajadores, consumidores, militantes, fanáticos, maestros o estudiantes.

La responsabilidad de comunicar

Cada uno de nosotros participa en múltiples comunidades. En cada una de ellas estamos viviendo el doble proceso de influir y ser influidos simultáneamente, de ser determinados y determinar, en mayor o menor medida, con mayor o menor consciencia y responsabilidad, el mundo de otros.

En nuestro trabajo, en nuestra diversión, en nuestro aprendizaje, participamos y constituimos comunidades. Como miembros de esas comunidades afectamos los temas y preocupaciones, el estado de ánimo, las acciones y conductas que desarrollarán los otros miembros de esa comunidad. En nuestra familia, marcamos las opciones de nuestra pareja, de nuestros hijos, de nuestros padres; en la ciudad afectamos la vida de nuestros vecinos, del alcalde y su equipo, de los servicios públicos; en nuestra relación con la empresa podemos influir en los productos, en su calidad y en sus precios; como trabajadores podemos afectar el estado de ánimo, los ritmos de producción,



la implementación de procesos, etc. En todo momento estamos influyendo en las comunidades en las que participamos, tenemos un gran poder y, por lo mismo, una gran responsabilidad.

Ese poder y esa responsabilidad son mayores para ciertas profesiones y trabajos, como los periodistas, los profesores o los publicistas, que tienen un gran impacto —por su alcance cuantitativo y cualitativo— en el proceso comunicativo de grandes comunidades. Estas profesiones, a través de su labor cotidiana, determinan qué conductas, qué representaciones y qué emociones dominarán y determinarán a grandes grupos de personas. Curiosamente, no es frecuente que los procesos formativos de estas profesiones contemplen esta mirada sobre la comunicación como creadora de comunidades ni las responsabilidades que de esto se derivan.

Esta también debiera ser una consideración permanente para quienes ocupan posiciones o ejercen funciones de liderazgo público y privado, que determinan las conversaciones, el estado de ánimo, las opciones de sus propias comunidades y de todas aquellas que se ven afectadas por la acción de éstas. Directivos de empresas y organizaciones, gobernantes de ciudades, regiones o países, parlamentarios y voceros deben conocer el impacto profundo y el enorme poder que ejercen en los procesos comunicativos en que participan.

Conociendo cómo funciona y cómo afecta la comunicación, en su dimensión comunitaria, visualizamos también cómo enriquecer nuestro espacio de posibilidades, el propio y el de los que nos rodean, cómo seleccionar los flujos comunicativos que nos determinan, y podemos asumir la responsabilidad de la oferta que modelamos para nuestras comunidades. ■■



Miembros de *The Garrabarra's* celebran por primera vez la festividad australiana *Woggan-Ma-Gule* (2003). Foto de David Hancock, AFP.